



### CONCEPTO 1.

La densidad de población es el número de habitantes que vive en un área determinada, generalmente expresado como el número de personas por kilómetro cuadrado. En España, se considera alta densidad cuando hay más de 100-150 habitantes por km<sup>2</sup>, como en las grandes ciudades; densidad media cuando la población se encuentra entre los 50 y 100 habitantes por km<sup>2</sup>, lo que corresponde a áreas urbanas intermedias o algunas provincias menos densamente pobladas; baja densidad cuando hay entre 20 y 50 habitantes por km<sup>2</sup>, típico de áreas rurales; muy baja densidad cuando la cifra es inferior a 20 habitantes por km<sup>2</sup>, característico de zonas montañosas o poco urbanizadas.

### CONCEPTO 2.

Las zonas consideradas "desiertos demográficos" suelen tener una densidad de población extremadamente baja, generalmente por debajo de los 10-15 habitantes por kilómetro cuadrado, e incluso a veces por debajo de los 5 habitantes por km<sup>2</sup>. Estas áreas están marcadas por la escasa concentración de población, debido a factores como la emigración, el envejecimiento poblacional y la falta de oportunidades económicas.

## HC1 Comentario del mapa de densidad de población por provincias

El mapa de densidad de población por provincias en España revela una distribución desigual que responde a una serie de factores históricos, geográficos y socioeconómicos. En general, las zonas de mayor **densidad de población** se encuentran en las áreas urbanas y sus alrededores, especialmente a lo largo de la costa mediterránea y en algunas zonas del interior, como Madrid y Barcelona. Madrid destaca por su elevada densidad debido a su papel como capital política, económica y cultural del país, lo que atrae a miles de personas tanto a nivel nacional como internacional en busca de empleo, educación y oportunidades profesionales. Barcelona sigue una tendencia similar, siendo un centro neurálgico de turismo, comercio, innovación y cultura. Provincias como Valencia y Alicante también presentan una alta densidad debido a la actividad económica relacionada con el turismo y la agricultura, particularmente en las zonas costeras, que se han convertido en destinos de atracción para residentes y turistas.

Por otro lado, las provincias con baja densidad se encuentran principalmente en el interior del país, como Teruel, Soria, Cuenca o Ávila, que presentan una escasa concentración de población. Estas áreas han experimentado fenómenos de despoblación desde mediados del siglo XX, cuando muchas personas emigraron hacia las grandes ciudades en busca de mejores condiciones laborales y educativas. La falta de empleo en sectores secundarios o terciarios, como la industria o los servicios, y la prevalencia de actividades primarias como la agricultura y la ganadería, contribuyen a que muchas de estas zonas no ofrezcan suficientes incentivos para que la población se quede o atraiga nuevos habitantes. Además, la geografía de estas provincias, a menudo montañosa o poco accesible, dificulta el desarrollo de infraestructuras y servicios que atraigan población. Existen incluso áreas consideradas **desiertos demográficos**, por su mínima densidad de población.

En muchas de las provincias con baja densidad, el envejecimiento de la población es una realidad, ya que la emigración de los jóvenes hacia áreas urbanas ha dejado a las zonas rurales con una población más envejecida. Esta tendencia se ve agravada por una baja tasa de natalidad, lo que alimenta el círculo vicioso de la despoblación. A nivel demográfico, las áreas rurales enfrentan grandes desafíos relacionados con la sostenibilidad de sus servicios, como la educación, la sanidad y el transporte, ya que una población escasa no justifica siempre el mantenimiento de la infraestructura necesaria. Mientras tanto, las grandes áreas metropolitanas, como Madrid y Barcelona, se benefician de una mayor inversión en estos servicios debido a la alta demanda, lo que facilita su crecimiento y consolidación como centros de desarrollo económico, social y cultural.

La alta densidad en las grandes ciudades también tiene sus propios desafíos. La saturación de los servicios públicos, como la sanidad y la educación, el tráfico congestionado y la presión sobre el mercado inmobiliario son algunos de los efectos negativos que acompañan a la alta concentración de población. Esto, a su vez, genera desigualdades en el acceso a recursos y oportunidades, afectando principalmente a las clases más desfavorecidas. En contraste, las provincias despobladas enfrentan la dificultad de garantizar la sostenibilidad de los servicios debido a la escasa población, lo que limita el desarrollo económico y social. Además, las zonas rurales con baja densidad tienen un menor impacto ambiental per cápita, pero su sostenibilidad ambiental está en peligro debido al abandono de tierras agrícolas, el envejecimiento de la población y la falta de políticas de conservación adecuadas.

Las causas de esta distribución desigual de la población en España tienen raíces profundas. Desde el siglo XIX, la concentración de poder económico y político en las grandes ciudades, particularmente Madrid, ha favorecido el crecimiento urbano. La Revolución Industrial, a principios del siglo XX, aceleró la urbanización, mientras que las políticas de desarrollo no lograron igualar el ritmo de crecimiento de las áreas urbanas con el de las rurales. A pesar de los esfuerzos por descentralizar los recursos y las inversiones, como en el caso de las políticas de infraestructura en las zonas rurales, las grandes ciudades siguen siendo los principales motores del crecimiento económico y social. La globalización también ha contribuido a la concentración de la población en áreas urbanas, ya que estas ofrecen mejores oportunidades de empleo, infraestructura avanzada y una mayor conectividad internacional.

En conclusión, el mapa de densidad de población por provincias en España no solo ilustra una distribución geográfica desigual, sino que refleja también una serie de desafíos y oportunidades. Las áreas urbanas continúan concentrando la mayor parte de la población y los recursos, mientras que las zonas rurales enfrentan problemas de despoblación, envejecimiento y falta de inversión. Para lograr un desarrollo más equitativo y sostenible, es esencial diseñar políticas públicas que promuevan la revitalización de las zonas despobladas, fomenten la diversificación económica en estas áreas y mejoren la conectividad y los servicios, de manera que se logre un equilibrio territorial que favorezca tanto a las grandes ciudades como a las zonas rurales.

CONCLUSIÓN